

tre corcho: la cubierta forrada de planchas de hierro, de modo que rodáran al mar las bombas que sobre ellos cayeran: para preservarlos del incendio de las balas rojas que pudieran entrar por las troneras se hizo un ingenioso aparato de tubos interiores, por los cuales con el auxilio de las bombas circulaba incesantemente el agua, como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano, conservando la madera en un estado permanente de saturacion. Entre todas las baterías llevaban doscientos veinte cañones á una sola banda, y á la otra la correspondiente cantidad de plomo para nivelar el peso. No tenia cada una mas que una vela, pero sí bastantes anclas y cables para retirarlas y detenerlas cuando fuese necesario. Todas estas ciudadelas flotantes, que nos traen á la memoria los navíos monstruos de Amberes, invencion del italiano Giambelli en el siglo XVI., habian de vomitar por todas sus bocas balas y metralla á distancia de cuatrocientas varas entre el Muelle Viejo y el Baluarte Real, en tanto que los navíos de línea, y las lanchas cañoneras, y las baterías de tierra arrojarían también una incesante lluvia de balas y bombas contra la plaza, y que el resto detendría á la entrada del Estrecho la expedicion que vendría de Inglaterra, y tropas embarcadas en balsas estarían esperando á que se derribára la muralla para dar el asalto. El equipo de las baterías flotantes se hizo en Algeciras con prodigiosa actividad y diligencia.

Entre las obras de tierra que se ejecutaron fué la mas notable un espaldon de doscientas treinta toesas y de nueve pies de altura y diez de espesor, con un millon y seiscientos mil sacos de tierra, que se construyó en una sola noche (14 á 15 de agosto, 1782) y en el espacio de cinco horas, en cuya operacion trabajaron diez mil hombres, de forma que cuando á la luz del nuevo dia lo vieron los de la plaza se quedaron maravillados y absortos, pareciéndoles obra de encanto. Esfuerzos bélicos, que nos recuerdan los de los Reyes Católicos en el siglo XV. al frente de Granada, los de Alejandro Farnesio en el XVI. en los Países Bajos (1).

Todo el mundo esperaba con confianza el mas feliz resultado de tan gigantescos aprestos, escepto el duque de Crillon, que varias veces manifestó su desconfianza en las tan ponderadas baterías flotantes (2); pero se resignó á ponerse al frente de los sitiadores. Toda Europa tenia fija la vista en esta formidable lucha empeñada por la posesion de un enorme peñasco. Príncipes y personages franceses, entre ellos el duque de Borbon y el conde de Artois (después rey con el nombre de Carlos X.); magnates españoles de la primera nobleza acudieron á presenciar funcion tan famosa. Muchedumbre de gentes de todas clases per-

(1) Hay una lámina que representa este trabajo hecho por diez mil hombres en pocas horas de una sola noche.

(2) Memorias de Crillon.

noctó en la estacion del verano en las poblaciones y campiñas inmediatas para no perder el espectáculo grandioso que habia de ofrecer aquel teatro bélico, y el monarca español desde su alcázar, ganando á todos en impaciencia, preguntaba y pedía cada mañana al levantarse noticias de Gibraltar. El momento decisivo se iba acercando, y en los semblantes de los espectadores se retrataba, el orgullo en unos, el temor en otros, en otros la confianza, y en todos una impaciente curiosidad.

La mañana del 8 de setiembre, cuando estaban ya terminadas todas nuestras baterías, el gobernador Elliot rompió el fuego contra ellas, disparando desde la montaña, plaza y muelle viejo, balas, bombas, granadas, metralla, balas rojas y carcasas, con que no dejó de espermentarse algun daño. A su vez al amanecer del 9 y á la señal de un cohete mandó el duque de Crillon comenzar el fuego general de todas nuestras baterías avanzadas y de la línea, jugando á un tiempo ciento noventa y tres piezas de todas clases ⁽¹⁾. Al cuarto dia, 13 de setiembre ⁽²⁾, se puso en movimiento desde Puente-Mayorga el soberbio aparato de las baterías flotantes ⁽³⁾, y antes de las diez se hallaban co-

(1) Parte oficial en la Gaceta de 17 de setiembre.

(2) «La supersticion, dice un historiador extranjero, no dejó de augurar mal, á causa del número *trece*.»

(3) Eran sus nombres: *Pastora*, *Talla-Piedra*, *Paula I.^a*, *Rosario*, *San Cristóbal*, *Príncipe Carlos*, *San Juan*, *Paula II.^a*, *Santa Ana*, y *Dolores*. Guiaba la *Pastora*, de 24 cañones, el gefe de escuadra don Buenaventura Moreno, la *Talla-Piedra*, de 23 caño-

locadas á ciento cuarenta toesas de distancia de la plaza. Cinco mil hombres de servicio iban en ellas. El viento era fuerte, y fuerte tambien la marejada, de modo que ni las lanchas cañoneras y bombarderas de la escuadra podian cooperar convenientemente al ataque. Habíase ademas renunciado al preservativo de la circulacion del agua por los tubos, por temor de que perjudicára tanta humedad á la pólvora; con lo que iban aquellas máquinas sin todos los requisitos que á juicio del inventor las hacia invulnerables. Lord Elliot las vió acercarse admirando el arrojo de los que las guiaban, pues conocia que ellos mismos no podian dejar de conocer la temeridad de su designio.

«Apenas anclaron las embarcaciones, dice un historiador, cuando empezó un fuego nutrido que sostenia toda la artillería, y los morteros de las trincheras en todas direcciones, y sin cesar un solo instante. Tambien la plaza empezó el fuego sin pérdida de tiempo, y es imposible describir el estruendo que causaron tan horrosas descargas, porque cuatrocientas piezas de grueso calibre maniobraban á un tiempo, lo cual no se habia visto jamás desde la invencion de la pólvora.» A muchas leguas de distancia se oia aquel horrisono estruendo que agitaba los mares y hacia retemblar el mismo Peñon. Largas horas llevaba de duracion aquel terrible combate, y la noche vino aun á

nes, el príncipe de Nassau.—Parte oficial de la Gaceta de 24 de setiembre.

aumentar con sus sombras el horror de la gigantesca contienda, sin que ni el ataque ni la defensa aflojarán, ni se notára de una y otra parte superioridad. «¿De qué son esas máquinas, preguntaba ya lord Elliot asombrado, que no logran destruir las balas rojas?» Pero se aproximaba el fatal momento de su destrucción. Cerrada era ya la noche cuando comenzó á arder una de las monstruosas baterías flotantes que se tenían por incombustibles; logróse sin embargo con las bombas de agua apagar el incendio; mas la falta del preservativo de los tubos arriba dicho hizo que continuando el diluvio de tiros de bala roja, é internándose éstas en el revestimiento de los buques, se apoderára otra vez el fuego de aquella batería para no volverse ya á apagar. Para que no pueda decirse que exageramos el estrago, copiamos solo lo que el parte oficial decia, pálido como todos cuando tienen que anunciar calamidades.

«Bien avanzada ya la noche, volvió á incendiarse con mucha fuerza la flotante del príncipe de Nassau en términos de no poderse cortar, sucediendo de allí á poco lo mismo con la de don Buena Ventura Moreno. En este conflicto, y el de no poderse usar de las velas ni del remolque, se trató de estraer la gente, de retirar ó arrojar al mar la pólvora para precaver que se volasen, y dejarlas arder, de modo que el enemigo no pudiese aprovecharse de ellas: en cuyo caso se fueron hallando los demas buques por igua-

»les motivos y circunstancias inevitables; tanto mas, que las baterías enemigas tiraban ya sin riesgo ni contradicción á puntos determinados muy visibles. Informados de esta situación, así el general del ejército duque de Crillon como el de la armada don Luis de Córdoba, dieron las mas oportunas providencias para que pasasen todas las lanchas, faluchos, esquifes y demas pequeñas embarcaciones que hubiese á recoger toda la gente de las flotantes, y auxiliar en cuanto se pudiese ejecutar con ellas; en cuya brillante y arriesgada maniobra se hicieron prodigios de valor, despreciando el intensísimo fuego de metralla que hacian todas las baterías enemigas con el acierto que les permitia la claridad de la noche. Logróse en efecto retirar la mayor parte de la gente de aquellas embarcaciones, poner en algunas el fuego bien extendido para que se consumiesen, y dejar en otras competente repuesto de pólvora para que á su tiempo se volasen. A pesar de toda la actividad y diligencia con que se procedió por nuestra parte, consiguió el enemigo con su fuego echar á pique algunos de estos barcos, bien que mucha gente de ellos se salvó á nado ó fué recogida por otros botes.

»Luego que los ingleses se aseguraron de que ya no podian hacer fuego las flotantes, echaron al agua algunas de sus cañoneras y barcos armados, con los cuales se apoderaron de varios de nuestros yentes y vinientes, haciéndose dueños en los mismos térmi-

»nos de los últimos restos de tropa ó marinería que
 »quedaban todavía en las flotantes para esperar su tur-
 »no de ser socorridos: de suerte que por este medio
 »al amanecer del día siguiente hicieron prisioneras
 »trescientas treinta y cinco personas (inclusos varios
 »heridos), á quienes se sabe que el general Elliot tra-
 »taba con la mayor humanidad y agasajo. Las flotan-
 »tes se fueron volando de allí á poco, á escepcion de
 »tres que quedaron consumidas del todo hasta las
 »planchas de la superficie del agua.»—«De resultas,
 »añadia la Gaceta, del incesante fuego enemigo duran-
 »te este día y noche, así contra las baterías flotantes
 »y sus tripulaciones, como contra el crecido número
 »de chalupas y otras embarcaciones empleadas en el
 »trasbordo, hubo la pérdida que manifiesta el estado
 »que sigue á esta relacion, la que no debemos concluir
 »sin espresar que en los de los citados generales de
 »mar y tierra, en los que da el señor conde de Artois
 »como testigo ocular, y en todas las demas cartas par-
 »ticulares se hacen singularísimos elogios del valor,
 »serenidad é inteligencia con que se han conducido en
 »todos los lances y maniobras ocurridas en todo aquel
 »día y noche, tanto los sugetos distinguidos que man-
 »daban las baterías flotantes, como todos los demas
 »oficiales de mar y tierra de ambos ejércitos y arma-
 »das que tuvieron diferentes encargos y comisio-
 »nes (1).»

(1) Gaceta del 24 de setiembre, de 1782.—Seguia un estado

Sobradamente se desprendia del contesto del parte toda la intension de aquella gran calamidad. Mustios y apenados se retiraron todos los espectadores que habian acudido á presenciarse el solemne y ruidoso combate (1). Sin embargo los sitiadores no se abatieron tanto como era de temer; por el contrario, prosiguieron con vigor las operaciones del sitio, se construian nuevas obras, y diariamente jugaba la artillería, así de tierra como de las lanchas, y habia un fuego casi constantemente sostenido entre la plaza y el campo, haciendo y recibiendo alternativamente daños de consideracion, y no dándose apenas momento de reposo ni sitiadores ni sitiados. Así continuaron hasta cerca de mediado octubre (1782), en que se supo que estaba próxima á llegar la escuadra inglesa de socorro, de mas de treinta navíos de línea con un considerable convoy de trasportes, al mando del almirante lord Howe. A fin de impedirle la entrada, y batirla si se podia, se situó á la boca del puerto la escuadra combinada,

individual de los muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con espresion de los regimientos ó de los buques á que pertenecian.

(1) Añade William Coxe, y repite Ferrer del Rio, que los príncipes franceses, se retiraron tambien del campamento en cuanto ocurrió la terrible catástrofe, y vinieron á Madrid y al Escorial, donde se les hizo una acogida menos afectuosa que ántes, y de donde tomaron la vuelta de su patria. Esto no es esacto, pues por lo menos el conde de Artois no solamente no se movió entonces del Campo de Gibraltar, sino que un mes mas adelante anunciaban los partes oficiales haber partido de allí la madrugada del 15 de octubre para Cádiz, igualmente que el conde de Damartin; y el 26 de setiembre se pasó una revista general á todo el ejército sitiador para que lo viera el conde de Artois.

mucho mas numerosa que la inglesa en navíos, fragatas, balandras, escampavías y otras embarcaciones destinadas á apresar los trasportes de los enemigos mientras se daba el combate (4). Pero la noche del 10 sobrevino tan recio y espantoso temporal, que el navío San Miguel de 70 cañones fué arrojado sobre la costa enemiga, y encallándose en el parage llamado Arenas-gordas fué apresado por la guarnicion. Otras varias desgracias y averías causó la violencia del huracan, y aunque muchos buques se salvaron del conflicto á fuerza de actividad y de trabajo, y se rehabilitaron con la posible presteza, mucho padeció la espedicion, y no se pudo evitar que la escuadra inglesa pasára el Estrecho formando dos líneas y haciendo rumbo á las costas de Africa, ni que cuatro buques de carga lograran entrar en el puerto.

La fuerza del viento y de las corrientes empujó la armada británica engolfándola en el Mediterráneo. En su busca partió la española y francesa mandada por don Luis de Córdoba la tarde del 13 de octubre (1782), al mes justo de la gran catástrofe de las flotantes, y tan pronto como el temporal y la necesaria reparacion de los buques se lo permitieron. Que-

(4) Sin embargo distaba mucho de componerse de 74 navíos de línea y muchas fragatas, como dice el historiador inglés William Coxe, que por otra parte rebaja á solos 30 los de la escuadra inglesa. Evidentemente el escritor inglés pecó de una inexactitud poco justificable, pues segun todos los partes oficiales y muchas relaciones y cartas, la escuadra combinada, si bien superior, constaba de 46 á 50 navíos de línea, que pocas veces se vieron juntos.

riendo darle caza anduvo bastantes dias, luchando otra vez con tiempos borrascosos, que llevaron muchos de nuestros buques menores á la costa de Málaga con no pocas averías y descalabros, en tanto que la escuadra enemiga, ó mas afortunada ó mas diestra, evitando el combate, tuvo la habilidad ó la fortuna de embocar otra vez el Estrecho y salir de nuevo al Océano, dejando surtida la plaza de Gibraltar de provisiones de todas clases y reforzada con mil cuatrocientos hombres. Siempre en busca de ella la escuadra de las dos naciones, la avistó la mañana del 20, cuando ya el convoy enemigo estaba en salvamento, y continuando la caza con toda diligencia, en la tarde de aquel dia la alcanzó en actitud de esperar el combate, pero aprovechando su ventaja de vela para no ser atacada por todas nuestras fuerzas. En efecto, en la lucha que se empeñó, y en que pelearon vanguardia, retaguardia y centro, solo se encontraron treinta y tres navíos españoles y franceses, entre ellos el *Santísima Trinidad* que montaba el general de la espedicion don Luis de Córdoba, contra los treinta y cuatro navíos ingleses, favorecidos de una ventajosa posicion accidental. Asi fué que despues de algunas horas de combate sin resultado decisivo, la escuadra inglesa quedó fuera de fuego, retirándose con vela desigual, segun le convenia para mantener su órden, y el general español, teniendo por infructuoso el perseguirla mas tiempo, por la ninguna esperanza de alcanzarla,

y por considerarlo arriesgado no conociendo aún las averías de su línea, determinó ceñir el viento, y aprovechar el primero oportuno para dirigirse con la armada á Cádiz (1).

Por los partes siguientes se supo que la escuadra habia sufrido en el combate la pérdida de trescientos ochenta y cinco hombres entre muertos y heridos. Escusado es decir que en el parte de lord Howe y en los periódicos de Lóndres se pintaron muy de otro modo las circunstancias y resultado de este combate, y ya lo pronosticaba bien don Luis de Córdoba cuando escribía. «La Inglaterra se gloriará de haber esperado con 34 navíos á 46; pero quien conozca el oficio sabe que la calidad de tanta ventaja de vela suple el mayor número, en grado que nunca pudieron entrar en fuego 13 ó 14 navíos de la retaguardia, en que habia dos de tres puentes, y dos de 80, y tres generales comandantes del cuerpo de la armada. Asi no podrá decir el almirante inglés que combatió con mas de 32 á 33 navíos, y diremos nosotros que estos batieron á 34 navíos con toda la desventaja de una situacion accidental, etc. (2).» Pero es lo cierto que ni se pudo impe-

(1) Parte de don Luis de Córdoba al marqués de Castejon, á 22 de octubre de 1782, en el navío Santísima Trinidad, á la vela, en latitud de 35° 37', y longitud de 2° 30' al O de Cádiz.—Extracto del Diario de las ocurrencias sustanciales de la navegacion de la Armada combinada de mi man-

do desde su salida de Algeciras en 13 de octubre de 1782; por el mismo.

(2) En carta que escribía lord Howe el 21 de octubre á bordo del Victory en alta mar á Mr. Stephens concluia diciendo: «En tales circunstancias no puedo prudentemente pensar aun mu-

dir el socorro de Gibraltar, ni menos se realizaron las lisonjeras esperanzas que se habian hecho concebir de la destruccion de la armada inglesa, y que esto unido al desastre de las baterías flotantes trocó en desánimo nacional lo que ántes se habia esperado con entusiasmo.

Y con todo eso, todavía no se desistió del sitio de Gibraltar. Por el contrario, construyéronse nuevos espaldones, se adelantaron trincheras, se trabajaba con ahinco en otras obras, y se sostenia el fuego. Objeto constante de los mas estraños proyectos aquella plaza, el mismo Crillon que no habia juzgado bien de los otros, adoptó ahora uno no menos estraño que cualquiera de ellos, á saber, el de practicar debajo de la enorme roca una mina de grande estension á mas de doscientos pies de profundidad, de cuyos estragos se prometia grandes portentos. En ella se trabajaba con ardor, sobre todo para vencer la gran dificultad de la ventilacion; y el ministro Floridablanca confiaba mucho en dos ó tres ideas que decia habia sobre ella á cuál mas útiles. Mas no llegó el caso de experimentar ó el fruto ó el desengaño de este nuevo plan, en razon á haber cesado las hostilidades por las causas que ahora expondremos.

cho tiempo en ir persiguiendo á la escuadra enemiga, que creo navega hácia Cádiz.» De manera que aqui aparecia él el perseguidor: siendo notable que el 22 aun no se habia movido hácia Cádiz la

escuadra española: y decia Córdoba aquel dia: «Cada vez se alejan mas los enemigos, y á las cinco y media se han perdido de vista.»

Interés era del gobierno español y cálculo político mantener el sitio de Gibraltar y no desistir de él, si quiera los reveses sufridos hicieran ya improbable y casi imposible la conquista; después de aquellas adversidades se sostenía menos como empresa militar que como medio político para sacar el partido más ventajoso posible de los tratos de paz que hacia tiempo mediaban ya entre unas y otras potencias. En efecto, Inglaterra se había convencido de que en América, á pesar de sus extraordinarios esfuerzos, no le era posible seguir luchando sola contra los colonos insurrectos y contra las fuerzas auxiliares de los dos Borbones y de Holanda. La sorpresa de Trenton, y sobre todo el triunfo de los franceses y americanos sobre lord Cornwallis habían introducido el desaliento en el ejército inglés y hecho una sensación profunda en la Gran Bretaña. Los de los españoles en la Florida y en el golfo de Honduras, y la facilidad con que se apoderaron de las islas de Bahama, junto con otros contratiempos que experimentaron los ingleses durante el ministerio de lord North, produjeron en el pueblo británico un deseo ardiente de paz. Aquel gabinete tuvo que ceder su puesto á la oposición coligada que había clamado contra la guerra. Los nuevos ministros Rockingham y Fox eran bien conocidos por sus opiniones en este sentido, y lord Shelburne tuvo que modificar la suya conforme al sentimiento nacional. Gobierno y parlamento mostraban en sus disposicio-

nes esta misma tendencia, y la medida de mandar regresar á Inglaterra al almirante Rodney y al general del ejército de América sir Enrique Clinton fué harto claramente significativa. Y por último, no confiando bastante en la mediación de Rusia y Austria para la paz con Holanda y con Francia, fué enviado directa y secretamente á París sir Tomas Grenville con autorización para entrar en relaciones con todas las potencias enemigas, y con encargo de proponer, como base preliminar para la paz, la independencia de los trece Estados-Unidos de América, volviendo las cosas á la situación en que se hallaban al firmarse la paz de París.

Exigencias y dificultades de parte de las potencias, y cambios en su virtud ocurridos en el ministerio británico, pero no extinguiéndose por eso el deseo de paz, produjeron el envío á París de otro agente, Alejandro Fitzherberz, después lord Santa Elena, en tanto que toda Europa tenía fija su atención en el sitio de Gibraltar. Entendíase al propio tiempo la Gran Bretaña directamente con los Estados-Unidos de América por medio de emisarios enviados ex-profeso. Los escritores ingleses censuran con bastante acritud el comportamiento de la corte de Francia, especialmente del ministro Vergennes, en estas negociaciones, no ya tanto por sus exigencias, cuanto por su doblez y sus misteriosas intrigas así con Holanda y España como con los anglo-americanos, para inflamar y sos-